

son *Walbins* y *Jonconrils*. En este momento el lápiz del *medium* escribió: si los veis, son pícaros errantes los *Jonconrils* y los *Walbins*; "conforme á la explicacion, agrega M. Des Mousseaux dada por los invisibles, los espíritus errantes son las almas en pena; los *Walbins* son los guardianes del infierno: y los *Jonconrils*, demonios atormentadores, potencia temible y muy superior á los *Walbins*. (2)"

(2) *La Magie au dix-neuvieme siele*, Pág. 30.

CAPITULO XXX.

SUMARIO.

Los espiritistas no tienen razon para sostener que los espíritus no son lo que afirman, sino lo que niegan ser.—Motivos para creer que no mienten cuando afirman que son demonios.—La preocupacion de las almas de los difuntos sobre que existen demonios, y de la que no pueden desprenderse, segun el espiritismo, no los puede inducir á creer y decir que realmente lo son.

Los hechos referidos hasta aquí, y que se registran en los anales históricos de la magia moderna, son más que bastantes para que se vea que la existencia de los demonios aparece comprobada por las mismas revelaciones de los *habitantes de los espacios*.

Si los espíritus invisibles afirman, cuando á ello se les obliga, ó cuando están ciertos de que

ya dominan en los que los consultan, que son *demonios* y no *almas de seres que vivieron*; si declaran las más veces, á pesar suyo, que lo primero es la verdad, y lo segundo no es más que un engaño, ¿fundados en qué los espiritistas, que creen en ellos de tal suerte y en tal grado, que no vacilan en reconocer como bases de una filosofía y de una moral novísimas y como cimientos de la *religion* que llaman del *porvenir*, esas revelaciones de ultratumba; fundados en qué, repetimos, se atreven á sostener que no son lo que afirman sino lo que niegan ser? ¿Guiados por cuál criterio los convierten en oráculos infalibles, cuando voluntariamente anuncian que pertenecen á la especie humana, y los juzgan órganos de seducción, de engaño y de mentira, cuando aseguran poseídos de espanto y de horror, que su naturaleza es otra? ¿Qué! ¿les será más fácil engañar cuando son dominados, que cuando dominan? ¿La mentira, que es una invencion más ó ménos especiosa, una negacion más ó ménos encubierta de la verdad, que ha menester, para que tenga algo de eficacia, de ciertas apariencias que la acerquen siquiera á la verosimilitud, se concibe mejor en un espíritu agitado y enardecido, que en un espíritu calmado y tranquilo; en un espíritu dueño de sí mismo, que en un es-

píritu coartado por una fuerza moral superior?

La psicología protesta con no menor energía que la razon, contra tamaña hipótesis? Estúdiense lo que pasa en nuestro interior, lo que dia con dia sucede en el secreto de la conciencia; y si los *espiritus invisibles* son de nuestra misma naturaleza, como se asegura, no debemos tener una medida para ellos, y otra para nosotros, un criterio para los *habitantes de los espacios*, y otro para los moradores de la tierra.

Para decir la verdad, los momentos más favorables son aquellos en que el hombre se encuentra presa de un sentimiento más ó ménos vehemente, de una pasion más ó menos violenta, sea el amor ó el odio, el temor ó la esperanza, la cólera, la envidia ó el despecho. En estas circunstancias el hombre interior pasa al exterior, se trasparente, por decirlo así, se muestra, en suma, tal cual es, con sus perfecciones y sus defectos, con sus virtudes y sus vicios.

La mentira, que necesita de la ficcion, exige en el que trata de persuadirla, reposo de espíritu, una vez que ha menester de tomar ciertas medidas precautorias, para que pueda pasar como verdad. Se puede mentir, y bien, por un general cobarde en un gabinete, en un salon;

pero jamás sobre el campo de batalla y en el instante en que el peligro es inminente y la muerte casi cierta. Esto es lo que nos dice la psicología ó la ciencia del alma humana. Si los espíritus que afirman que son demonios, son otras tantas almas, no deben estar sujetos á otras leyes psicológicas; y por lo mismo serian más dignos de fé, cuando dicen que son demonios, que cuando fingen que son almas de difuntos; cuando revelan que son *espíritus imperfectos y malignos*, que cuando aparentan ser *espíritus superiores*. Y entónces, ¿qué es del espiritismo?

Además, ya se suponga á los *agentes invisibles* espíritus de una y otra categoría, es inexplicable el fenómeno que analizamos. Si son espíritus superiores, no pueden engañar á sabiendas, diciendo que son lo que no son: si inferiores, no pueden atribuirse una naturaleza que no es la suya, sin dar muestras de la más estúpida torpeza, torpeza que por otra parte es inconciliable con la pasmosa habilidad de que no escasean las pruebas en la producción de la multitud de fenómenos maravillosos de que son causa; pues si se examinan estos, los del orden físico, por ejemplo, se ve que para producirlos es forzoso que el agente esté dotado de un gran poder, de un gran dominio sobre las fuerzas naturales,

á fin de ponerlas en juego; y de una vastísima inteligencia para combinarlas y encaminarlas á su intento.

¿Se ocultaria á quienes tanto entienden y pueden, que la manera más fácil de inducir al mal es inspirar confianza; y que esta no se inspira, publicando que se es un sér maléfico y perverso, sino por el contrario, ocultándolo con afanosa solicitud? ¿Mienten para deshonorarse? Se acostumbra mentir, dice Tertuliano, para adquirir honores. ¿Mienten por placer? ¿Cómo es entónces que cuando profieren la *mentira*, se quejan, se enfurecen y huyen precipitados? ¿Mienten por atormentarse! Si todo sér inteligente busca su bienestar y se dirige siempre á lo que cree ó es su felicidad; ninguno apetece lo que le causa desazones y amarguras, lo que le hace verdaderamente infortunado.

La conducta de los *agentes invisibles*, por imperfectos que los supongamos, es inexplicable en el sistema del espiritismo, y solo tiene solución satisfactoria dentro de las indestructibles afirmaciones del dogma católico.

Acaso para vencer la dificultad y salir del inextricable laberinto en que los espiritistas se meten, por sacar avante su errónea teoría, se diga: que esos espíritus, que tanto en los anti-

guos como en los modernos tiempos han revelado ser demonios, son víctimas de las preocupaciones que abrigaron durante la vida, y que la muerte no ha sido parte á desarraigar en ellos todavía. Mientras vivieron, se continuará diciendo, profesaron la antifilosófica creencia de que existían real y positivamente demonios; y supuesto que están muy abajo de la escala de la perfección, no es arbitrario suponer que persisten en su creencia y se engañan en propagarla.

Pase lo de la preocupacion; mas ¿qué tiene que ver la preocupacion de que existen demonios, con el hecho probado de que afirman serlo? Está bien que los *agentes invisibles*, arrastrados por el irresistible poder de aquella preocupacion, predicaran en sus revelaciones de ultratumba que era una realidad la existencia de éstos, tales cuales se les habian dado á conocer en su peregrinacion por la tierra; pero una cosa es asegurar, sea con verdad ó con error, "hay demonios," y otra cosa diversa es decir: "somos demonios;"

O ¿qué! ¿ha conocido la tierra siquiera un individuo de la especie humana que hubiese abrigado la preocupacion de que era demonio? ¿En dónde? ¿en qué tiempo? Y si seria empre-

sa capaz de aterrar á un Hércules en historia averiguar la existencia de uno solo, ¿cómo seria posible darse cuenta de la existencia de tantos en la antigüedad, y de no ménos en los siglos que atravesamos?